

Asturias - Kafka - Palma
Russell y otros



Antología del cuento extraño

3

Selección, traducción y
noticias biográficas de
Rodolfo J. Walsh



Largos o breves, estos relatos tienen la característica común de describir insólitas experiencias o de situarse en un clima extraño en el que la realidad prosaica y cotidiana no halla cabida.

Índice de contenido

1. El monstruo verde - Gérard de Nerval
 - I. El castillo del diablo
 - II. El sargento
 - III. Lo que pasó después
 - IV. Moraleja
 - V. Qué fue del demonio verde
2. Enoch Soames - Max Beerbohm
3. El alacrán de fray Gómez - Ricardo Palma
 - I
 - II
4. En el camino de Brighton - Richard Middleton
5. Sombras suele vestir - José Bianco
 - I
 - II
 - III
6. Venado de las Siete-rozas - Miguel Ángel Asturias
7. El secreto del cadalso - Villiers de l'Isle Adam
8. Manuscrito antiguo - Franz Kafka
9. El Deán de Santiago y el Gran Maestre de Toledo - El Infante Don Juan Manuel
10. El precio de la cabeza - John Russell

1

El monstruo verde

Gérard de Nerval

GÉRARD DE NERVAL nació en París en 1808.

Espíritu de fuertes tendencias religiosas, que no lo logra encauzar y a las que en cierto modo sucumbe, se interesa sucesivamente por las leyendas orientales, la mística, el pitagorismo, el ocultismo. De esas raíces se nutre su obra. A partir de 1851 tiene repetidas crisis de desequilibrio mental, de las que hay amargo testimonio en *Aurelia*. Termina por ahorcarse de una viga del techo, en 1855.

Otros títulos: *Voyage en Orient*, *Les Filles de Feu*.

I

EL CASTILLO DEL DIABLO

Hablaré de uno de los más antiguos habitantes de París; antaño lo llamaban el diablo Vauvert.

De ahí nació el proverbio: «Eso queda en lo del diablo Vauvert. ¡Váyase al diablo Vauvert!». Es decir: «Vaya a... to-

mar el fresco en los Campos Elíseos».

Los porteros suelen decir: «Eso queda en lo del diablo de los gusanos», cuando quieren designar un sitio muy alejado^[1]. Y la expresión significa que habrá que pagarles en buen dinero la comisión que se les encarga. Pero se trata además de una locución viciosa y corrupta, como muchas otras con las que están familiarizados los parisienses.

El diablo Vauvert es esencialmente un habitante de París, donde vive desde hace muchos siglos, si hemos de creer a los historiadores. Sauval, Félibien, Sainte-Foix y Du-laure han referido extensamente sus hazañas.

Parece que en los primeros tiempos habitó el castillo de Vauvert, que estaba situado en el lugar ocupado actualmente por el alegre salón de baile de la Chartreuse, al extremo del Luxemburgo y frente a las avenidas del Observatorio, en la Rue d'Enfer.

Ese castillo, de triste celebridad, fue demolido en parte, y las ruinas se convirtieron en una dependencia de un convento de cartujos, donde murió en 1313 Jean de la Lune, sobrino del antipapa Benedicto XIII.

Jean de la Lune había sido sospechado de tener relaciones con cierto demonio, que quizá fuese el espíritu familiar del antiguo castillo de Vauvert, pues, como se sabe, cada uno de esos edificios feudales tenía el suyo.

El diablo Vauvert dio que hablar nuevamente en la época de Luis XIII.

Durante muchísimo tiempo se había oído, todas las noches, un gran ruido en una casa construida con escombros del antiguo convento y cuyos propietarios estaban ausentes desde hacía varios años. Y esto aterrorizaba bastante a los vecinos.

Fueron a prevenir al teniente de policía, quien envió algunos de sus arqueros. ¡Cuál habrá sido el asombro de estos militares al oír un tintineo de vasos, mezclado de risas estridentes!

Se creyó en el primer momento que eran falsificadores entregados a una orgía, y juzgándose los numerosos por la intensidad del ruido, se ordenó ir en busca de refuerzos.

Pero después se estimó que el pelotón no era suficiente; ningún sargento se mostraba ansioso por conducir sus hombres al interior de esa guarida, donde parecía oírse el fragor de todo un ejército.

Por fin, al amanecer, llegaron tropas suficientes. Entraron en la casa. No encontraron nada.

El sol disipó las sombras.

Durante todo el día prosiguieron las búsquedas; después se conjeturó que el ruido procedía de las catacumbas que, como se sabe, están situadas bajo ese distrito.

Se dispusieron a entrar; pero mientras la policía tomaba las precauciones necesarias, cayó nuevamente la noche y recomenzó el ruido, más fuerte que nunca.

Esta vez, nadie se atrevió a bajar, pues siendo evidente que en el subsuelo no había más que botellas, debía ser el mismo diablo quien las hacía bailar.

Se contentaron con ocupar los alrededores de la calle y pedir rogativas al clero.

Los clérigos elevaron sinnúmero de oraciones e incluso echaron agua bendita, por medio de jeringas, a través del tragaluz de la bodega.

El ruido persistió.

II

EL SARGENTO

Durante una semana una muchedumbre de parisienses no dejó de obstruir las inmediaciones, espantándose y pidiendo noticias.

Al fin un sargento de la guardia civil, más audaz que los otros, se ofreció a penetrar en la bodega maldita, a cambio

de una pensión que, en caso de fallecimiento, beneficiaría a una costurera llamada Margot.

Era un hombre valiente y más enamorado que crédulo. Adoraba a esa costurera, bastante elegante y muy económica (inclusive un poco avara), que no había querido casarse con un simple sargento desprovisto de toda fortuna.

Claro está que, al obtener una pensión, el sargento se convertía en otro hombre.

Alentado por esa perspectiva, el sargento exclamó que «él no creía ni en Dios ni en el diablo, y que daría razón de ese ruido».

—¿En qué crees, entonces? —le preguntó uno de sus compañeros.

—Creo —respondió— en el señor teniente de lo criminal y en el señor preboste de París.

Era mucho decir en pocas palabras.

Aferró el sable entre los dientes y una pistola en cada mano y se aventuró por la escalera. Cuando llegó al piso de la bodega, presencié el espectáculo más extraordinario.

Todas las botellas se entregaban a una frenética zaramba, formando las más graciosas figuras. Los sellos verdes representaban a los hombres; los sellos rojos, a las mujeres.

E inclusive se había formado una orquesta sobre los estantes.

Las botellas vacías resonaban como instrumentos de viento, las rotas como címbalos y triángulos, y las que estaban cascadas imitaban la penetrante armonía de los violines.

El sargento, que había bebido varios cuartillos antes de iniciar la expedición, al no ver allí otra cosa que botellas, se sintió muy tranquilizado y empezó a bailar también por espíritu de imitación.

Cada vez más animado por la alegría y el hechizo del espectáculo, tomó una hermosa botella de largo cuello, cuidadosamente sellada de rojo, que al parecer contenía un

burdeos blanco, y la estrechó amorosamente contra su corazón.

De los cuatro costados partieron risas frenéticas; el sargento, intrigado, dejó caer la botella, que se rompió en mil pedazos.

Cesó la danza, se oyeron en los rincones de la bodega gritos de espanto y el sargento sintió que se le ponían los pelos de punta al ver que el vino derramado parecía formar un charco de sangre.

Entre sus pies, yacía extendido el cadáver de una mujer desnuda, cuyos rubios cabellos se esparcían por tierra, empapándose en la sangre.

El sargento no habría tenido miedo del diablo en persona, pero ese espectáculo lo llenó de horror. Mas pensando que al fin y al cabo debía dar cuenta de su misión, se apoderó de una botella de sello verde que parecía reírsele en las narices, y exclamó:

—¡Por lo menos, me llevaré una!

Una carcajada inmensa le respondió.

Pero ya él había subido la escalera, y mostrando la botella a sus camaradas, gritó:

—¡Aquí está el duende! ¡Sois bastante cobardes (pronunció otra palabra mucho más fuerte), ya que no os atrevéis a bajar!

Su ironía era amarga. Los arqueros se precipitaron a la bodega, donde sólo encontraron una botella de burdeos, rota. Todo lo demás estaba en orden.

Los arqueros deploraron la suerte de la botella rota; pero, sintiéndose valientes ahora, se empeñaron en subir todos con una botella en la mano.

Y se les permitió beber.

El sargento, por su parte, afirmó:

—Yo guardaré la mía para el día de mi casamiento.

Y no le pudieron negar la pensión prometida, y se casó con la costurera y...

¿Creeréis que tuvieron muchos hijos?

Sólo tuvieron uno.

III

LO QUE PASÓ DESPUÉS

La noche de sus bodas, que se celebró en la Rapée, el sargento puso entre él y su esposa la famosa botella de sello verde, e insistió en que sólo ella y él bebieran de ese vino.

La botella era verde como la hiel, el vino era rojo como la sangre.

Nueve meses más tarde la costurera dio a luz un pequeño monstruo, enteramente verde, con cuernos rojos en la frente.

¡Y ahora ir, mozuelas, ir a bailar en la Chartreuse, donde antes estuvo el castillo de Vauvert!

Sin embargo, el niño creció, si no en virtud, por lo menos en tamaño. Dos cosas contrariaban a sus padres: su color verde y un apéndice caudal que al principio pareció simplemente una prolongación del coxis, pero que poco a poco tomó el aspecto de una verdadera cola.

Se consultó a los sabios, quienes declararon que era imposible extirparla sin comprometer la vida del niño. Agregaron que era un caso bastante raro, pero que había ejemplos citados en Herodoto y en Plinio el joven. En esa época aún no se preveía el sistema de Fourier.

En cuanto al color, fue atribuido a un predominio del sistema bilioso. Sin embargo, se ensayaron varios cáusticos para atenuar el matiz demasiado pronunciado de la epidermis, y se consiguió, merced a innumerables lociones y fricciones, rebajarlo primero a un tono verde botella, después verde agua y por fin; verde manzana. En cierta oportunidad pareció que toda la piel se volvía blanca; mas por la noche recobró su color.

El sargento y la costurera no podían consolarse de los disgustos que les daba ese pequeño monstruo, que se vol-

vía cada vez más testarudo, colérico y perverso.

La melancolía que experimentaban los condujo a un vicio más común entre gente de parecida suerte. Se entregaron a la bebida.

Pero el sargento se empeñó en no beber nunca otra cosa que vino de sello rojo, y su mujer vino de sello verde.

Cada vez que el sargento estaba ebrio como una cuba, veía en sueños a la mujer ensangrentada cuya aparición lo había aterrado en la bodega, después de romper la botella.

Esta mujer le decía:

—¿Por qué me apretaste contra tu corazón y después me inmolaste... si yo te amaba tanto?

Y cada vez que la esposa del sargento empinaba demasiado la botella de sello verde, se le aparecía en sueños un gran demonio, de espantoso aspecto, que le decía:

—¿Por qué te asombras de verme... puesto que has bebido de la botella? ¿No soy el padre de tu hijo?

¡Oh, misterio!

Al llegar a la edad de trece años, el chico desapareció.

Sus padres, inconsolables, siguieron bebiendo, pero no volvieron a ver las terribles apariciones que habían atormentado su sueño.

IV

MORALEJA

Así fue castigado el sargento por su impiedad, y la costurera por su avaricia.

V

QUÉ FUE DEL DEMONIO VERDE

Nunca más se supo.

2

Enoch Soames

Max Beerbohm

El tema del diablo ha dado origen a innumerables leyendas e invenciones. Pocas tan afortunadas como ésta de MAX BEERBOHM, ensayista y caricaturista inglés, nacido en 1872, educado en Oxford, sucesor de Bernard Shaw como crítico literario de la *Saturday Review*, autor de *Seven Men*, *The Happy Hypocrite*, *Zuleika Dobson*.

Uno de los recursos más eficaces de *Enoch Soames* es el fondo de realidad contra el que se mueven los protagonistas. Existió el Café Royal, existieron Rothenstein y *The Yellow Book* (y desde luego Whistler y Beardsley), existió ese Londres finisecular con su atmósfera casi parisiense, Chesterton nos asegura que existe el príncipe de las tinieblas, y en cuanto a Enoch Soames sólo en el futuro se dijo (se dirá) que nunca llegó a existir.

Cuando el señor Holbrook Jackson dio al mundo un libro sobre la literatura del 90, busqué ansiosamente en el índice el nombre de SOAMES, ENOCH. Temía que no estuviese. Y no estaba. Sin embargo, figuraban todos los demás. Muchos escritores a quienes yo olvidara por completo o sólo recordaba vagamente, resucitaron ante mí, con sus obras, en las páginas del señor Holbrook Jackson. El libro era tan minucioso como brillante.

De ahí que la omisión descubierta por mí fuese la evidencia más cabal de que el pobre Soames no había dejado huella alguna en la literatura de su década.

Creo que soy la única persona que lo notó... ¡tan lamentable había sido el fracaso de Soames! Y es inútil alegar que, si hubiera conquistado algún mediano éxito, quizá se habría esfumado de mi memoria, como los demás, para retornar tan sólo al llamado del historiador. Es cierto que si las dotes que poseía le hubieran sido reconocidas en vida, jamás habría celebrado el pacto que yo le vi celebrar... ese extraño pacto cuyos resultados le otorgaron para siempre un lugar en el primer plano de mis recuerdos. No obstante, es de esos mismos resultados de donde se desprende en toda su claridad cuánto hubo en él de lamentable.

No es la compasión, sin embargo, lo que me impulsa a escribir sobre él. Si por él fuera, pobre diablo, me sentiría inclinado a no mojar la pluma en el tintero. No está bien burlarse de los muertos. Pero ¿cómo escribir acerca de Enoch Soames sin ridiculizarlo? O más bien, ¿cómo disimular la atroz realidad de que era ridículo? Imposible. Pero tarde o temprano deberé escribir sobre él. Ya se verá, a su debido tiempo, que no me queda otra alternativa. Por consiguiente, será mejor que lo haga ahora.

Durante los cursos del verano de 1893 un prodigio del cielo cayó sobre Oxford. Caló hondo, se incrustó profundamente en el suelo. Profesores y alumnos formaron pálidos corros que no hablaban de otra cosa. ¿De dónde venía

aquel meteoro? De París. ¿Cómo se llamaba? Will Rothenstein. ¿Qué se proponía? Pintar una serie de veinticuatro retratos en litografía, que publicaría *The Bodley Head* de Londres. El asunto era urgente. Ya el Decano de A y el Director de B y el Real Catedrático de C habían «posado» humildemente. Ancianos solemnes y malhumorados que jamás consintieran en dejarse retratar por nadie, no podían resistirse a aquel extranjero menudo y dinámico. Él no suplicaba: invitaba; no invitaba: ordenaba. Tenía veintiún años. Usaba lentes que centelleaban increíblemente. Era un hombre de ingenio. Desbordante de ideas. Conocía a Whistler. Conocía a Edmond de Goncourt. Conocía a todo el mundo en París. Los conocía a todos de memoria. Era París en Oxford. Se murmuraba que apenas despachara su selección de profesores, incluiría a unos pocos alumnos de los últimos cursos. Y me sentí pleno de orgullo el día en que yo —yo— fui incluido. La simpatía que me inspiraba Rothenstein no era menor que el miedo que me infundía; sin embargo, nació entre nosotros una amistad que a medida que transcurrieron los años se hizo cada vez más cálida y más valiosa para mí.

Al término del curso, Rothenstein se estableció o más bien irrumpió meteóricamente en Londres. Gracias a él conocí por primera vez ese pequeño mundo de perdurable encanto que es Chelsea, y trabé relación con Walter Sickert y otros venerables próceres que residían allí. Fue Rothenstein quien me llevó a ver, en la calle Cambridge, de Pimlico, a un joven cuyos dibujos eran ya famosos entre la minoría: Aubrey Beardsley. En compañía de Rothenstein hice mi primera visita a *The Bodley Head*. Por él me introduje en otro reino de la inteligencia y la audacia, el salón de dominó del Café Royal.

Ahí, aquella tarde de octubre, en una exuberante perspectiva de dorados y de terciopelos carmesíes intercalados entre simétricos espejos y erguidas cariátides, entre el humo del tabaco que se elevaba incesante hacia el pinta-

do cielo raso pagano y el murmullo de conversaciones presumiblemente cínicas, que de tanto en tanto interrumpía el áspero tableteo de las fichas de dominó sobre las mesas de mármol, aspiré hondo y dije para mis adentros:

—Esto, sin duda, es la vida.

Era antes de la cena. Bebimos vermut. Los que conocían personalmente a Rothenstein lo señalaban a quienes sólo lo conocían de nombre. Sin interrupción entraban por las puertas giratorias hombres que ambulaban lentamente en busca de mesas vacías u ocupadas por amigos. Uno de estos errabundos me interesó, porque yo estaba seguro de que pretendía llamar la atención de Rothenstein.

Había pasado dos veces ante nuestra mesa, con expresión vacilante; pero Rothenstein, sumido en lo más denso de una disquisición sobre Puvis de Chavannes, no lo vio. Era un individuo encorvado, de paso inseguro, más bien alto, muy pálido, con largos cabellos parduscos. Tenía una barba rala, o más bien una barbilla que se batía en retirada al abrigo de unos cuantos pelos arracimados y tímidamente rizados. Era un sujeto de extraña catadura; pero en el noventa, las apariciones raras eran más frecuentes, creo, que en la actualidad. Los jóvenes escritores de aquella época — y yo estaba seguro de que éste lo era— trataban de singularizarse por su aspecto. Mas los esfuerzos de este hombre habían sido infructuosos. Usaba un sombrero negro, blando, de corte clerical, pero de intención bohemia, y una capa impermeable de color gris que, acaso porque era impermeable, no llegaba a ser romántica. Arribé a la conclusión de que «borroso» era *le mot juste* para él. Yo había hecho mis primeras armas en la literatura y buscaba siempre fervorosamente *le mot juste*, ese Santo Grial de la época.

El hombre borroso se acercaba nuevamente a nuestra mesa, y esta vez resolvió detenerse.

—Usted no me recuerda —dijo con voz inexpresiva.

Rothenstein lo miró vivamente.

—Sí, lo recuerdo —repuso al cabo de un momento, con menos efusión que orgullo: orgullo de su memoria—. Edwin Soames.

—Enoch Soames —dijo Enoch.

—Enoch Soames —repitió Rothenstein, dando a entender por el tono de su voz que ya era bastante haber acertado con el apellido—. Nos encontramos dos o tres veces en París, cuando vivía usted allí. En el Café Groche.

—Y una vez yo fui a su estudio.

—Oh, sí; lamenté haber estado ausente.

—¿Ausente? No. Me mostró algunos de sus cuadros, ¿recuerda?... Tengo entendido que ahora reside en Chelsea.

—Sí.

Me extrañó que después de este monosílabo el señor Soames no siguiera de largo. Se quedó, pacientemente, como un animal obtuso, como un asno que mira por encima de una cerca. Triste figura la suya. Se me ocurrió que hambriento era quizá *le mot juste* para él. Pero ¿hambriento de qué? No parecía apetecer gran cosa. Le tuve lástima. Y Rothenstein, aunque no lo invitara a Chelsea, le pidió que se sentara y bebiera algo. Una vez sentado, pareció más seguro de sí mismo. Echó atrás las alas de la capa con un gesto que —si la capa no hubiera sido impermeable— podía interpretarse como un desafío lanzado al mundo en general. Y pidió un ajenjo.

—*Je me bens toujours fidèle* —le dijo a Rothenstein— *à la sorcière glauque*.

—Le hará mal —respondió secamente Rothenstein.

—Nada me hace mal —dijo Soames—. *Dans ce monde il n'y a ni de bien ni de mal*.

—¿Nada es bueno y nada es malo? ¿Qué quiere decir?

—Lo expliqué todo en el prefacio de *Negaciones*.

—¿*Negaciones*?

—Sí. Le di un ejemplar.